

los servicios prestados, compensaciones que no tienen jamás un límite definitivo.

Así, al través de las guerras civiles, va perdiéndose la soberanía, absurdamente, si quienes las provocan son aquellos que han de ser revolucionarios y como tales, víctimas de un poder inescrupuloso. Y esto sin tener en cuenta otros factores, más decisivos tal vez; sin pensar en que en nuestros trópicos la gran necesidad es la de una sólida cultura y un desarrollo de riqueza que venzan a los peores enemigos de estos pueblos, la barbarie y la miseria, a cuya sombra prosperan todas las ideas regresivas y todos los fanatismos.

Verdaderamente, entre nosotros no se explicarían ya más revueltas que las que el Gobierno hiciera estallar, para recibir el deseado apoyo y solucionar crisis internas que dentro de la paz, podrían ponerlo en peligro. Y no se podría encontrar un crimen contra la patria más grande que esa clase de revueltas, en las que por alcanzar fines pequeños se sacrificara no sólo la vida sino la dignidad misma de la Nación. Por desgracia, tal criterio no es imposible, porque a veces los fue-

ros partidaristas arrollan el sentimiento de responsabilidad de los gobernantes, y para evitarlo, debe estar siempre lista la opinión consciente del país.

Es preciso abrir los ojos a las realidades; estudiar el mundo en que vivimos, tan distinto y en muchos sentidos tan opuesto al de hace veinticinco años. Lo que al expirar el siglo pasado era una posibilidad heroica, es hoy una locura insensata, y la vida y las circunstancias imponen francos cambios de métodos y de rumbos, en las luchas políticas que tiendan a alcanzar un ideal constructivo y no meramente a agitar un país en pugnas estériles. El liberalismo, por fortuna, lo ha entendido así, lo ha sentido con ese claro instinto de los pueblos que no se equivocan, y está resuelto a no aceptar provocaciones equívocas, a no ir al terreno en donde, en las circunstancias existentes, sólo triunfan la iniquidad y los que tienen amplios medios de apelar a ella. Otras son las armas del liberalismo, y a ellas debe apelar con firme y sostenida energía, con el concurso decidido e incansable de todos sus miembros, unidos en torno de las ideas y dentro de un ambiente sincero

de cordialidad y de mutuo respeto.

Y en esto están de acuerdo los liberales de todos los matices: *El Diario Nacional*, en su edición de hace tres días, no pudo ser más explícito y neto; comentando la algarada conservadora y los desplantes bravucones de ciertos espíritus agresivos, que no conciben el reclamo enérgico dentro del derecho y tan firme como civilizado, y quieren responder a él con la evocación de horas de siniestra matanza, dijo *El Diario*:

«Ellos son los que quieren la guerra, porque la guerra es propicia a la emisión de monedas de papel, a la expropiación y al exterminio.

»Y a ellos nada les importa la Patria, si la secta se enriquece, y sus asesinos matan a los liberales y aniquilan a la colectividad proscrita y anatematizada.

«¿Quieren la guerra? Nosotros les declaramos la paz. Pero con la actividad defensiva de todos nuestros derechos y la resistencia viril a todos los atropellos. Es la última palabra, que hace inútil la provocación».

(*El Tiempo*. Bogotá).

# Página lírica

## de Emilia Bernal

### MIRAME NUEVA YORK

¡Mírame, Nueva York, cuando esté lejos...  
con tu pupila única  
de Madison Square...

Mírame, ahora que me alejo,  
y hazme un signo de inteligencia  
con el índice esbelto  
del Woolworth, que se yergue  
todo frágil y altivo  
a los que van dejando tu puerto...

Mírame, Nueva York, como te miro,  
Babilonia de hierro,  
miriadas de torres  
confusas y negras  
que se va tragando el humo  
de todos los barcos de tu puerto...

¡Mírame, así, como una torre  
que se tragan las tinieblas!

Mírame, Nueva York, como se mira  
una caña de junco  
que trajo el vendabal a tu puerto,  
y que se va cantando la alabanza  
de tu cordialidad y tu firmeza...

Mírame, Nueva York, en mi noche perpetua,  
desde la cumbre de los espacios, fija,  
con tu pupila oscilante  
de Madison Square...!

Nueva York, 6 de enero de 1923.

### BUENOS DIAS, PARIS

¡Buenos días, París! ¡Bijou! ¡Mignon!  
¡Bibelot de marfil  
que tallaron los gnomos azulez! ¡Pompa de jabón!  
¡Florecita de añil!  
¿A qué cantarte con tambores  
mayores  
y clarines  
sin fines,  
cuando eres, en la armonía sin fin  
de mi corazón,  
como el són  
de una sóla cuerda de violín?

¡Buenos días, París! ¡Rosa náutica! ¡Gaurisankar!  
¡Kuro-Sivol!  
¡Pleamar!  
¡Víctor Hugo! ¡Verlaine, de las patas de chivo!  
En la caña partida  
de mi vida  
yo te he de cantar.